

## **“La Viuda Negra”.**

No dudaría en volverlo a hacer si la ocasión se presentara aunque era poco probable que así fuera. Con todo, gozaba de una posición privilegiada, que muchas otras envidiarían de no ser porque guardaba las apariencias con respetuosa discreción. La supervivencia había conseguido hacer de ella un artífice del engaño y de la fascinación y llevarla hasta los más altos estándares de perfeccionamiento en el arte del ilusionismo. No en vano era apodada “la viuda negra” por su historial de romances con finales turbios y su facilidad para vestir de luto, si bien lo más característico de su personalidad era el magnetismo que la impregnaba y que atraía a sus víctimas hacia su destino fatal sin posibilidad alguna de rechazo o elusión.

Esa cuestión -esa y ninguna otra- era la que acuciaba la mente del inspector, que no podía entender como su ristra de amantes simulaban tan a la perfección una fila de corderos embelesados corriendo hacia el matadero. Estando así las cosas, decidió intervenir directamente en las pesquisas policiales para asegurarse de que no se pasaba ningún detalle por alto y que finalmente se hacía justicia, como tenía que ser. Todo estaba en orden y las pruebas no dejaban lugar a dudas. Sus subalternos habían hecho bien el trabajo de campo y la vista sería al día siguiente.

- Señoría, hay evidencia de que la acusada cometió asesinato en primer grado -rugió el fiscal.
- Proceda – respondió secamente el juez.

El fiscal asintió y el alguacil depositó una caja negra en el estrado.

- Protesto, señoría – interrumpió el abogado defensor. La acusación no puede presentar prueba alguna de un delito que no se cometió. Mi defendida es inocente y está injustamente retenida en los juzgados.
- Cogiendo la caja con ademán teatral, el fiscal tronó: según se puede apreciar, ésta es la prueba definitiva y abrió la caja mostrando un vacío tan ostensible como su estupefacción.

- Sin pruebas no hay cargo – objetó el abogado defensor sonriendo divertido.

El juez, visiblemente sorprendido, levantó la sesión con el sobreseimiento del caso al tiempo que la acusada mostraba un rictus indescifrable. La sala se vació entre murmullos mientras el alguacil conducía a la acusada amablemente hacia las dependencias del juzgado, asiéndola sutilmente del brazo. El inspector observó como salía pausadamente y con dignidad. Antes de abandonar la sala de vistas, sintiéndose el blanco de muchas miradas, se detuvo y volvió la cara mostrando los dientes con satisfacción.